

Los libros en Europa

Una breve historia de la misoginia, *Anna Caballé (edición), Lumen, Barcelona, 2006, 493 pp.*

Una paciente y concienzuda obra de años ha cumplido Anna Caballé en la materia de la literatura escrita por mujeres. Como era obligado, se encontró con tantas expresiones de pensamiento misógino, en textos literarios, teológicos, políticos, científicos, filosóficos, dispersos en libros, folletos, periódicos y revistas. Antologarlos —en el caso, sólo acudiendo a fuentes españolas—, clasificarlos, fundamentar la clasificación y comentar sus bases ideológicas, ha sido la solución que el presente libro exhibe. Es obvia la utilidad que presta para entender cómo se ha pensado, juzgado y prejuzgado la identidad de la mujer en nuestra lengua, desde la Edad Media hasta hoy. Menos obvias son las sorpresas que la investigación señala.

En efecto, hay de todo en la crestomatía sexista, basada en la creencia de que las distinciones entre las identidades del varón y la mujer, son naturales y, por ello, inmodificables, cuando no incisos

de un decreto divino, el del Creador de la inmutable Naturaleza. Las hay finamente científicas o filosóficas (las de Marañón y Ortega), rasamente fisiologistas (Baroja), fóbicas (Quevedo) y hasta de un paternalismo que trata siempre de coartar los movimientos de la mujer para que no enloquezca y deba ser reprimida en instituciones pertinentes. Queden de lado las abundantes groserías tabernarias y en silencio pasen sus autores.

Pero la misoginia que estudió Caballé no es cosa de hombres o no lo es solamente. Muchas de las páginas que se antologan están escritas por mujeres, lo que permite concluir que ellas han sido, en gran medida, las transmisoras del sexismo misógino, fuente de una identidad represiva y hasta humillante, pero identitaria al fin de cuentas.

Sublime como diosa o madre de la vida, demoníaca como animal oscuro y demente, la mujer según debió ser en la normativa sexista, no aparece en tanto ser humano, sino algo que está por encima o por debajo de la humanidad, cuyo paradigma es el

varón. En todo caso, y así sucede siempre con lo sagrado, hay que fascinarse y adorarla, a la vez que defenderse de ella porque su profanación desata los castigos del tabú. Todo ello, debidamente criticado desde una perspectiva igualitaria –de nuevo: no identitaria– es el valor añadido a la sólida tarea de Caballé, necesaria y punzante en un medio enmarañado de prejuicios que se enfrentan sin razonarse.

¡Tierra, tierra!, Sándor Márai. Traducción de Judit Xantus Szarvas. Salamandra, Barcelona, 2006, 446 pp.

Precoz fue Márai como memorialista, con sus *Confesiones de un burgués*, donde narró su origen, formación y primeras errancias. Luego, en este libro, hizo la crónica, con vaivenes de fechas al ritmo de las libres asociaciones del recuerdo, de su vida entre 1944 y 1948, es decir entre el final de la ocupación nazi de Hungría y el comienzo de su definitivo exilio, tras la instauración del comunismo, en 1948.

Hijo de un pueblo aislado por su lengua y su escasa sintonía con el resto de Europa, Márai se identifica con ese ejercicio de soledad y extrañeza que impone ser hún-

garo. Perdido el imperio en la primera guerra mundial, con la memoria de haber sido un país asolado e invadido por occidentales y turcos, Hungría soporta la ocupación alemana y luego la soviética, dos maneras de expulsar a los suyos hacia un destierro donde el ejercicio de la lengua nacional acentúa el aislamiento y la extranjería. Y así discurre la historia del escritor, denostado por las izquierdas e ignorado por las derechas, amputado de su éxito en suelo nativo y recuperado póstumo como uno de los más efectivos narradores europeos de su tiempo.

Errabundo, distinto, melancólico y obstinado, Márai es uno de los últimos y paradigmáticos románticos del continente. Lo es sin sentimentalismo y sí con ironía rayana, a menudo, en un pesimismo nihilista. Todo esto lo habilita a tomar distancia y ver claro, tanto como se puede ver lo contemporáneo, siempre tan entreverado con la carne viva y mortal. Retratos, reflexiones y relatos episódicos hacen lo mejor del volumen, un ejercicio de la desolación compuesto por un condenado a morir que vaga entre la oscura indiferencia de un mundo sin sentido, refugiado en la mística residual de la literatura. Libre ante la muerte –de nuevo: romántico– su largo camino tiene, por

fin, una meta: el suicidio. Entre tanto, su incesante escritura lo salva de la cruel y absurda obligación de vivir. Una ética convertida en estética, una estética como promesa de probidad para una moral.

Berlín. La caída: 1945, Anthony Beevor. Traducción de David León Gómez. Planeta De Agostini, Barcelona, 2006, 538 pp.

Hay libros cuya eficacia produce malestar. Es difícil recorrer *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe o *La condición humana* de André Malraux sin sentir un dolor físico que obligue a suspender la lectura. Algo similar puede ocurrir con el libro de Beevor, una crónica minuciosa y ordenada del último año de la guerra mundial en el escenario alemán centrado por Berlín. En principio, se trata de un historiador concienzudo e impávido pero, al cabo de unas cuantas páginas, se advierte que, como nosotros, se está ante un hombre civilizado al cual la civilización, con sus tesoros de salvajismo y sus instrumentos modernos, espanta.

La avanzada incontenible del Ejército Rojo, el empecinamiento sádico y suicida de Hitler para continuar una guerra perdida y dañosa para los alemanes que

tanto dijo amar y enaltecer, las anécdotas grotescas y aún pintorescas de la vida cotidiana, el hambre, las masacres, las mutilaciones, las venganzas, las intrigas palaciegas de ambos mandos, el duelo a distancia entre Stalin –el único dirigente político y militar que Hitler admiraba– y el *Führer* al cual Stalin despreciaba y demostró superar con su victoria, todo desfila con la denominación justa, los matices oportunos, la fuente compulsada. Al final nos encontramos con un erial sembrado de ruinas, varones deprimidos, mujeres que ordenan escombros, abortan y se tratan las enfermedades venéreas producidas por los abusos sexuales, niños recién paridos y abandonados en los hospicios, el mestizaje de la furia y la sumisión.

Las guerras son ganadas por quienes las ganan. Siempre las pierde la humanidad, que las inventó. Los alemanes, en general, consideraron errores los crímenes de su régimen. El resto fue silencio: reconstrucción y prosperidad. Una oficina soviética guardó las mandíbulas de Hitler. Otra, el conjunto de su cráneo. Los huesos sobrantes fueron incinerados y arrojados a una alcantarilla. Inopinadamente, a este secreto funeral acudieron cincuenta y cinco millones de muertos.

El amor al nombre. Ensayo sobre el lirismo y la lírica amorosa, Martine Broda. Traducción de Miguel Veyrat. Losada, Madrid, 2006, 244 pp.

La poesía lírica y épica del amor es inmemorial en Occidente, desde el texto más antiguo que se conserva y que cuenta los amores de Gilgames y Enkidu. Broda propone ahora una relectura de numerosos casos –Dante, Petrarca, Scève, Nerval, Jouve, Aragon, Rilke, Baudelaire y algún otro– a la luz de una doble vertiente: el psicoanálisis lacaniano y la doctrina católica del hombre como pecador condenado a la insatisfacción, la vida terrenal como destierro, el amor como compensación a tanta falencia y el deber fijado por el psicoanálisis como ética preceptiva: desearás, no dejarás de desear. Y cuidado, mucho cuidado con satisfacerte.

El deseo persigue lo absoluto, o sea un objeto imposible. La poesía amorosa lo hace perdurar, aunque puede hacerlo solo, ya que nunca logrará lo que busca. La palabra pacta con lo imposible y surge el poema. Así se mantiene la esencia del hombre, que es un animal deseante. Dios ha muerto pero el Deseo subsiste y toma su lugar porque el hombre está hecho a Su imagen y semejanza.

Ya Rougemont, Nelli, Asín Palacios y otros señalaron que la poesía amorosa se genera al enmascararse

una religiosidad heterodoxa. El interrogante que deja formulado Broda en sus lecturas y casos, se dirige a saber si es la religión disimulada la que crea la poesía o es la poesía la que inventa su propia y disfrazada religión. En cualquier hipótesis, no existe ninguna de las dos categorías, para el extremo de su estudio, que pueda prescindir de la palabra. Entonces aparece una nueva materialidad, un nuevo cuerpo, que no es glorioso, doloroso ni gozoso pero sí todo por junto: el poema.

Viaje de Londres a Génova a través de Inglaterra, Portugal, España y Francia, Giuseppe Baretti. Edición y traducción de Soledad Martínez de Pinillos Ruiz. Reino de Redonda, Barcelona, 2006, 619 pp.

En 1770, Baretti, un ilustrado italiano con excelentes relaciones literarias en Inglaterra, emprendió el viaje del título. La edición en español llega con atraso y oportunidad, ya que buena parte del texto transcurre por la España de Carlos III. Baretti sabía castellano, curiosamente por las demás lenguas peninsulares y había leído una buena porción de los pertinentes clásicos. Además, su curiosidad documental lo llevó a enterarse de minucias cotidianas acerca de casas, comi-

das, vestidos, labores, expresiones, juegos, diversiones, bailes, espectáculos, peligros, paisajes hermosos o abruptos, medios de transporte, industrias, artesanías, comercio, producciones extractivas, en fin, el inventario del mundo en un siglo de enciclopedias. No es mitómano y convincente como Casanova, sino convincente y concienzudo como Ponz y Goethe.

Baretti conversaba con la gente del común: posaderos, peones, postillones, guardias municipales, lo mismo que con señores, clérigos, militares o inspectores fiscales. Todo lo anotaba a diario y lo pensaba desde una perspectiva universalista y racional. Detestaba la filosofía de las almas nacionales y creía que los hombres diferían por las circunstancias y no por las esencias. Su narración, en otro orden, es de una vivacidad y de una fluidez que la hacen seductora al lector desprevenido. Baretti no es un turista, es un convidado de la historia, la suya que es la ajena y viceversa.

Prolegómenos para una historia del concepto de tiempo, Martin Heidegger. Traducción de Jaime Aspiunza. Alianza, Madrid, 2006, 412 pp.

Poco antes de publicar *Ser y tiempo*, Heidegger había dictado un seminario en Marburgo y en

1925, cuyo texto ahora es traducido al castellano en una versión aseada y comparativa de ejemplar atención. De alguna manera, es un borrador del libro, además de un intento de situarse dentro de la herencia fenomenológica y la crítica de Husserl a las epistemologías idealistas y positivistas.

A Heidegger lo desvelaba la filosofía originaria, la que está antes de la teoría de las ciencias, a la cual añade la ciencia originaria que estudia las cosas mismas con precedencia a la investigación que habrá de recubrirlas. Es decir que busca una suerte de intuición fundamental sobre la que erigir una familia de ciencias y la ciencia de su cientificidad.

De ahí pasa al ser, algo que se descubre entre las posibilidades de la existencia. Ser es ser posible. A la existencia se une la preocupación por ella, el abandonarse en un mundo inhóspito, la mundanidad de ese mundo, donde todo ocurre y, desde luego, remite al tiempo. Es en el tiempo donde el ser de la existencia puede darse en su totalidad, o sea en su incompletud, porque el tiempo no cesa de ocurrir. Aquí se detiene el flujo heideggeriano, tal vez porque da con un tema espinoso para su filosofía: la historia. No quiere hacer historia de la filosofía pero no puede prescindir de ella porque se declara fenomenólogo. Queda